

Mas el hierro no desarraiga las ideas y el fuego no abrasa las conciencias. Las tendencias naturales al espíritu humano se reproducen siempre en todas las horas del tiempo y en todos los puntos del espacio. Nada pudo la persecucion mas atroz contra la inquieta y constante actividad del espíritu. En el seno de las órdenes mas ortodoxas surgian los pensamientos mas atrevidos. El abate Joaquin de Flora habia asistido á los monasterios, cantado en el coro de aquellos conventos donde las almas ardian como los serafines en el fuego celestial y abrian sus alas en la inmensidad del espacio para subir como de un vuelo á lo infinito y á lo inmenso. Y á pesar de esta constante comunicacion estrecha con el puro dogma y la pura religion, separábase de la ortodoxia eclesiástica y de la filosofía aristotélica é imaginaba incesante, eterna, inextinguible la revelacion sobre el alma, como incesante, eterna, inextinguible la luz en el Universo; y así como los judíos tuvieron en el antiguo testamento la revelacion del Padre, y los cristianos en el nuevo la revelacion del Hijo, tendrán las gentes por venir otra revelacion mas luminosa, mas mística, mas progresiva, la revelacion del Espíritu, la cual vendrá á traernos nuevos secretos de los abismos del cielo y á esclarecer con luz nueva los abismos de la conciencia y del alma: porque si Dios es eterno, eterna debe ser tambien su revelacion, eterno su Evangelio. Este deseo de nuevos horizontes y de cielos nuevos, esta esperanza de que el empíreo no se cierre nunca ni se niegue á la revelacion; estas constantes ascensiones al ideal divino que llevamos en el infinito interior de nuestro espíritu y que entrevemos en el infinito exterior del Universo; este vuelo á las alturas inaccesibles de lo absoluto; todas estas inclinaciones se hallan de tal suerte en nosotros que no podeis extirparlas, sino extirpando antes á nuestra misma naturaleza y destruyendo nuestro propio sér. Justo era que en aquel caos de las guerras feudales y de las guerras religiosas; cuando rechinaban las cadenas de los puentes levadizos y los goznes de los potros y de los tormentos; cuando ardian tantos séres en las llamas por el crimen de creer y de esperar; cuando batallaban unas con otras las familias humanas en discordias sin límites y sin número; algunas almas privilegiadas prestaran atento oido á lo infinito y oyeran los cantos angélicos que prometian consoladoras esperanzas á los corazones y misteriosa renovacion y rejuvenecimiento á la tierra.

La autoridad eclesiástica y la autoridad civil de consuno contrastaban por todos los medios imaginables estos desviamientos y separaciones de la Iglesia católica. Pero el corazon humano, la humana inteligencia, naturalmente llevadas de su actividad á novedades sin cuento, rompian el estrecho círculo de la ortodoxia oficial, y proclamaban la propia autonomia. Así tras una tendencia teológica venia una tendencia moral, y tras una tendencia moral una tendencia social, que no estaban, no, en modo alguno conformes con las ideas y con las tradiciones de la Iglesia católica. A mediados del siglo décimocuarto, por mas que la Inquisicion se ensañara hasta el punto de provocar los inquisidores cóleras populares, en cuyas ráfagas pululaban por todas partes tendencias heréticas, una idea concebida en cualquier momento de alucinacion bastaba para suscitar una secta. No es mucho, pues, que cualquiera de estos reveladores de ocasion contara haber recibido del cielo una carta mística depositada en el altar mayor de San Pedro y escrita por la Virgen misma en la cual instaba ardentemente á sus devotos para que fueran de calle en calle, de plaza en plaza, de camino en camino, dándose unos á otros azotes, á fin de macerarse el cuerpo y desarmar con estas maceraciones la divina cólera. En efecto, propagóse el contagio moral con la misma rapidez que se propagan los contagios físicos. Los caminos vieron ejércitos de millares de fieles, que plañian, que lloraban, y que desnudos de medio cuerpo arriba, se azotaban terriblemente, arrancando á las carnes gotas de sangre como si quisieran evaporarlas para desagaviar á Dios, allá, en la inmensidad de los cielos. Un dia Perusa entera se trasladó á Espoleto, como una sola persona, gimiendo, llorando, plañéndose, azotándose, pidiendo al cielo piedad y misericordia en cambio del holocausto en humana sangre ofrecido á la divina justicia. Los Papas excomulgaron á estos hombres; los reyes les persiguieron; los inquisidores quemaron á sus cabezas y á sus representantes; pero, al esparcirse por todos los espacios y encerrarse en las principales ciudades, demostraban como aquellos ebionitas idos al desierto antes del advenimiento de Cristo, que algo nuevo esperaba la razon humana, que algo divino pedian los míseros mortales á los eternos cielos.

Flagelantes se llamaban estos herejes. Pues aun habia otros que profesaban doctrinas religiosas y morales no menos extremas condenadas por la



Iglesia. Fundábase la orden de San Francisco en la pobreza y mantenábase por la limosna. Pues bien, á ciertos frailes de esta orden no les pareció bastante estrecha y quisieron extenderla y exagerarla, llevándola á las últimas consecuencias y convirtiéndola en una especie de ascetismo oriental. Separáronse, pues, de sus hermanos y constituyeron una asociacion aparte. Esta no recibió la confirmacion de ningun Papa, y sin embargo, pretendian haberla tenido de Celestino V, cuya autoridad negaba Bonifacio VIII, que le obligó á la abdicacion llamada por el Dante *Il gran rifiuto*. A estas ideas disciplinarias y canónicas uníanse ciertas ideas teológicas, no en completa consonancia con el dogma. Sus conceptos sobre la Trinidad no tenían color de ortodoxos. Sus ideas sobre la perfectibilidad humana llegaban á admitir un grado tal y tan alto que inutilizaba toda devocion. Bonifacio VIII, herido por la exageracion de estas ideas y por la autoridad dada á su pobre antecesor, á quien tanto aborrecia, los excomulgó, avivando el celo de los inquisidores para que los persiguieran y los anonadaran. Pero ellos volvian de tal suerte á los tiempos de los secretos dogmáticos, y se esquivaban con tal arte á la persecucion pontificia, que su gran superior, Pedro Juan, no cayó en manos de la justicia romana, sino despues de muerto. Y aun así no encontró misericordia, pues los inquisidores desenterraron sus huesos y los esparcieron por el suelo, tratando de aniquilarlos, cual si pudiera un solo átomo aniquilarse y perderse en este bajo mundo.

Lo mas grave del caso fué que, merced á la influencia de estos sectarios, llamados en lengua italiana *fraticelli*, el Papa se encontró en discordancia con toda la orden de San Francisco, y una discordancia entre el Pontífice romano y los mendicantes traía siempre daños gravísimos y consecuencias nefastas á la Iglesia católica. Sostenian los franciscanos que Cristo no habia poseido jamás propiedad alguna, y sostenian el Papa y la mayor parte de las universidades todo lo contrario. Y en efecto, quien aconsejaba á los hombres que no se curasen del alimento y del vestido, pues el que sustenta las aves del aire los sustentará á ellos y el que viste los lirios del valle á ellos los vestirá; quien predicaba en aquellas regiones donde las inclemencias del invierno apenas se conocen y el azul de la atmósfera parece como una tela de seda que envuelve blandamente en sus pliegues á todas las criaturas; quien

solo necesitaba para comer sacudir la palmera del desierto, tender la mano á la cercana parra, pararse á la sombra de la empolvada higuera que extiende sus pomposas ramas sobre el camino; quien vivia en el culto de las ideas, en la constante predicacion de una nueva fe, embargado por la ardiente caridad á sus hermanos y herido por los presentimientos de cruentísimo sacrificio; quien, de esta suerte, se consagraba á los demás y repartia su corazon y su conciencia como los panes y los peces multiplicados por su poder entre todos cuantos le oian, ¡ah! no necesitaba, no, de mas propiedad que sus dogmas, por los cuales habia nacido en Nazaret, predicado en toda Palestina, caido en el huerto de las olivas, y espirado en la cima santa del Calvario.

Pero los Papas comprendian que, negado á Cristo el título y carácter de propietario, derivábase naturalmente de esta negativa la negacion á ellos del carácter de soberanos. Y llamó Juan XXII en auxilio suyo á los dominicanos, para que combatieran y contrastaran la doctrina franciscana. Y en efecto, sostuvieron estos que Cristo habia encargado á Judas la cena de Pascua y que, al encargarle esta cena, habia en el mismo hecho demostrado que contaba con algun dinero, pues de otra suerte fuérale de todo punto imposible tal disposicion y careceria de sentido el que Judas apareciese como el depositario y como el negociante y como el economista entre los apóstoles. A tales sutilezas se hallaba condenada la mezcla informe del poder espiritual y del poder temporal que detenía la marcha de la Iglesia y pesaba con grave pesadumbre sobre sus espaldas. Los hermanos menores, reunidos en Perusa, combatieron las decisiones de los dominicanos adoptadas por Juan XXII y presentaron frente á frente de ellas una sentencia de Nicolás III, cuya letra y cuyo espíritu confirmaban su sentir y su pensar acerca de la pobreza de Cristo. Grave caso que un Papa combatiese la idea de otro Papa y la tachase de herética; porque este combate entre ellos, al fin y al cabo, si no destruía, dañaba la omnisciencia religiosa é infalible de todos. Miguel de Cesena se encontraba á la cabeza de los franciscanos y sostenia la absoluta miseria de Cristo. Juan XXII, indignado, reunió el capítulo general de la orden y les impuso la no eleccion de Cesena. Pero los frailes menores, de todo en todo acordes con este cardenal, lo reeligieron, con lo cual la indignacion del Papa contra los franciscanos no tuvo límites y las injurias de los francisca-



nos al Papa no tuvieron tasa. En este litigio Juan XXII castigó á los hermanos menores con sus propias doctrinas, prohibiéndoles poseer cosa alguna en absoluto, y vedándoles recibir ningun legado en testamento. Pero como en la Edad media no se limitaban las discordias á sentencias, á discusiones, á bulas, sino que trascendian allende todo esto, y estallaban en guerras, los partidarios de la absoluta pobreza de Cristo fueron perseguidos, puestos en el tormento, quemados en las llamas. Guerra y guerra implacable produjera este disentiimiento dogmático de no haber intervenido las potestades de la tierra, evitando que llegaran mas léjos y que cedieran en daño y en agravio de todos. Reformóse la capucha de la orden seráfica y acabó con esta reforma la querella.

Conforme se acerca la constitucion definitiva del derecho romano, la filosofía antigua, que lo anima, como el alma al cuerpo, toma tendencias morales y prácticas en consonancia con la obra que van á producir, obra eminentemente social. Conforme se acerca la revolucion religiosa, las escuelas teológicas y las herejías de ellas derivadas, van perdiendo por completo el carácter metafísico y tomando el carácter práctico y social. Desde Simon el Mago, que en la herética Samaria trae á la teología cristiana el problema de la creacion reunido con el problema del mal, hasta Wiclef, verdadero precursor y bautista de la revolucion, el cual solo trata de problemas morales, bien puede decirse que la teología herética ha tomado, al producir la reforma, la misma tendencia práctica tomada por la filosofía antigua al producir el derecho romano. Todos estos reformadores, que anteceden inmediatamente á Lutero, sin perder sus conexiones y sus analogías con la serie de ideas anterior á su aparicion, traen á la escena de la historia un número tal de ideas prácticas que con ellas se demuestra infaliblemente cómo la herejía estaba próxima á pasar de metafísica, de doctrina, de idea por el movimiento natural de los espíritus á práctica, á realidad y á vida. Además, no se puede desconocer que las herejías del siglo décimocuarto, y sobre todo, las del siglo décimoquinto, al encontrarse frente á frente de una Iglesia pontificia y monárquica, de un clero nobiliario y jerárquico, de un dogma completamente consagrado á la tradicion y á la autoridad, adoptan, al par de una tendencia moral y práctica, una tendencia republicana y democrática. Y viendo esto deplora el ánimo

imparcial de todo historiador latino una vez mas que la democracia y la República cristianas de Savonarola se perdieran en la ingrata Florencia y que su reforma ortodoxa y su disciplina católica se perdieran en la empedernida Iglesia. Él queria determinar el progreso por una evolucion; sus enemigos lo determinaron por las revoluciones. La gloria del uno solo puede compararse en grandeza con la tremenda responsabilidad de los otros.

Antes de que Wiclef apareciera, las reformas por él propuestas y las esperanzas formuladas, habian si no con el mismo sentido, con tendencia muy semejante y análoga, penetrado en el seno de la Iglesia. El concilio de Viena, sesenta años antes de las predicaciones de aquel, demostró la necesidad de la reforma y expresó quejas que se dirian copiadas y repetidas por el mismo reformador. No puede pintarse con mas negros colores la inmoralidad del clero, la perversion de las elecciones, las simonías perpetradas por los aspirantes á las dignidades eclesiásticas y admitidas por los proveedores de estos cargos, la hipocresía á la sazón reinante, el desórden y el escándalo universal. Cuando Wiclef apareció, estas quejas vagaban como gases deletéreos por las ondulaciones del aire. Las órdenes mendicantes en cuyo seno pusiera Francisco de Asís la tierna y delicada alma, degeneradas de su origen y caidas en la depravacion, servian de instrumento para oprimir mas á los oprimidos en manos de los eternos opresores. Treinta años faltaban para que acabase el siglo décimocuarto en la solemne hora en que surgieron las enseñanzas de Wiclef por los bancos de la Universidad de Oxford. Lo primero que llamó la atencion del reformador fué el estado de las órdenes monásticas, legiones de ángeles en otro tiempo y en aquella sazón legiones de gentes corrompidas y perversas. Contra ellas asestó sus primeros golpes, y despues de haberlas herido, elevóse airado contra el dogma, creyendo imposible toda renovacion disciplinaria si no la precedia una renovacion dogmática. Para Wiclef el dogma por excelencia católico es el dogma del purgatorio por el cual se dicen la mayor parte de las misas y se invoca la intercesion directa de los santos. Suprimirlo, equivalia en su concepto á suprimir la antigua Iglesia y con ella todas las supersticiones de los ritos ortodoxos. Para este reformador Roma se arrogó autoridad superior no fundada ni en el espíritu ni en la letra de los Evangelios. Doce apóstoles tuvo Cristo y consagró á los doce por igual y